

Rosana: el éxito de la sencillez

La cantautora canaria, que actuará de nuevo en Madrid el 2 de diciembre, presentó anoche en el Teatro Monumental su primer álbum, «Lunas rotas»

Madrid. Manuel de Morales

Casi sin darse cuenta se ha convertido en el verdadero «talismán» canario aunque, anoche, se transformara por dos horas más en un inconfundible vendaval de música como cada vez que coge la guitarra. La cantante Rosana Arbelo

ofreció ayer un cálido y sensual recital en directo de su primer álbum, «Lunas rotas», en un abarrotado Teatro Monumental de Madrid, en espera de repetir cita el próximo 2 de diciembre en el Palacio de Congresos y Exposiciones.

El gesto de Rosana Arbelo es cálido, sencillo. Su música, fiel a ese gesto, rezuma fuerza y delicadeza a la vez. Esas son las armas con las que se ha encaramado al número uno. Al escalafón más alto de una cumbre a la que no todos llegan, y los que lo hacen, no siempre lo aguantan. Rosana sí; desde el corazón de su música, esa isla encendida de sentimientos, es capaz de ofrecer un concierto como el de anoche, un espectáculo sencillo para guardar durante mucho tiempo en el recuerdo.

Y ese es el secreto del éxito de Rosana: su sencillez. Una artista que regala un estilo de música sirviéndose tan sólo de una guitarra en mano y de un ramillete de composiciones como «Sin miedo», «El talismán», «Bebes de mí», «Si tú no estás», «No sé mañana» (en la que anoche le acompañó a la guitarra J. Antonio Romero, gratificante escudero de Sabina en su última gira) o «Lunas rotas», es alguien que lógicamente acaba estando arriba.

Todo esto, junto a esas tres piezas inéditas («Bajo charcos de



Rosana

amor», «Dunas de poemas» y «Besos», con la que cerró las cerca de dos horas de recital), muestran la verdadera cara que quiere dar una cantautora optimista empeñada en buscar en su interior el modo más fácil para llegar al de los demás.

Y todo de la noche a la mañana. Lejos ya del Libertad 8 en donde tiempo antes fogueaba sus poemas, Rosana ha subido como la espuma. Pasó de componer canciones para otros a lan-

zarse ella misma (y de casualidad, según cuenta) al foso de los leones. Jóvenes como los asistentes a su concierto de ayer que demostraron ver en ella a ese líder de Universidad que grita verdades a través de su guitarra y su mano y con el que establecen un diálogo que en algunos casos resulta excesivo, pero que se podría justificar por su costumbre de tocar en pequeñas salas en donde se charla igual que se canta. Rosana cocinó su poesía «A fuego lento» «Descubriéndote» que «Así son las cosas». Las suyas.

Esas con las que se compenetraba tan bien con el público (que ya ha dejado la taquilla del Palacio de Congresos sin localidades) como con la banda que le acompaña. Así, con Sergio Castilla, en batería y percusión; José Nodar, al bajo; Juan Cerro, a la guitarra; Carlos Domenech, su otra voz; dos premios Ondas, unas flores de Serrat en el camerino y dos canciones para la próxima película de Tarantino en la agenda, Rosana, «La» cantautora del momento sigue haciendo de su peor sufrimiento su mejor poesía.

Astrid Hadad: el cabaret antiamericano

Madrid. Luis Martín

Son bien escasas las maquinaciones estéticas que, desde el «ghetto» de la excentricidad, consiguen colarse en el paraíso formal del pop. Tal vez Enya, los monjes de silos, Andreas Vollenweider, Martirio, Nina Hagen y el coro de mujeres de la Radiotelevisión búlgara, más algún que otro portugués, lo hayan conseguido últimamente; es lástima, en cambio, que la mexicana Astrid Hadad no vaya a poder presumir probablemente de lo mismo nunca.

Astrid, hembra de rompe y rasga que —por mor del continuo cambio de vestuario—, a veces semeja un cuadro de Diego Rivera, es en realidad una animadora de primera y una irreverente deliciosa que arremete contra todo y contra todos. El arma homicida es una lengua muy expresiva y ágil, y su coartada, esa que anida en un cerebro extraordinariamente privilegiado, en cuyos hemisferios están escritas en relieve las palabras: provocadora patológica.

Dice que el machismo —por lo repartido— es el fenómeno más democrático que ha visitado nunca el planeta, y le salen esos versos repletos de vitriolo, que ella ha querido titular «Me golpeaste tanto». Le dedica canciones a Ray Coniff, Richard Clayderman, Paul Mauriat, Julio Iglesias y, en general, a toda la clase media del corazón, y a su boca afloran formas adulteradas de bolero, corrido, rumba y ranchera, convenientemente revestidas todas de ese mensaje de sorna que abandera su antiamericanismo radical («Visite usted Estados Unidos, antes de que Estados Unidos le visite a usted»).

Y, porque el folclore es aburrido si no se le ponen aliños de sensualidad, Astrid en ocasiones se procura disfraces con los que, desde la distancia, lucir ese físico padrisimo que extrae silbidos de la abultada clientela.

Le acompañaron en la velada cinco músicos muy atentos, que, al reclamo de Los Tarzanes, eran capaces de convertir una melancólica ranchera en un «rhythm & blues» trepidante, un bolero sedado en una cumbia danzona.

La compenetración fue, pues, plena, pero la gachupinada estuvo puesta en el sonido pésimo de una sala que, como la «Caracol», en días pasados, se mostró en cambio muy apropiada para esa promiscuidad que siempre precisaron los espectáculos de cabaret.

Música clásica

La Universidad Politécnica celebra su 25 aniversario con música española

La Universidad Politécnica de Madrid constató una vez más su clara vocación musical el pasado viernes. La Universidad celebra sus primeros veinticinco años de vida, y ha tenido la feliz iniciativa de festejar el cumpleaños con música. El que fuera música mayoritariamente española y tocada por españoles prueba que la de la Politécnica es una afición musical honda, inmune al aldeanismo acomplejado que tanto abunda. A lo largo de su curso musical, la Politécnica abre sus programas al gran repertorio internacional, naturalmente, pero en ocasiones como ésta, cuando se trata de celebrar algo importante, se ve bien claro el orden de prioridades.

Para sustanciar la fiesta, se invitó a la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla y se dio la batuta a Cristóbal Halffter, quien, además, proporcionó el fin de fiesta: el concierto acabó con su «Tien-

to de primer tono y batalla imperial». La brillantez de esta obra, que es un claro acierto de inspiración y una soberbia lección de instrumentación, garantizó un final adecuadamente espectacular a tan festiva ocasión. Antes, la Universidad tuvo ocasión de lucir su Coro en la «Fantasía para piano, coro y orquesta» de Beethoven. Un buen coro que prepara José de Felipe y que alimenta la tradición madrileña de canto coral universitario. En esta peculiar obra, que tan pronto parece sinfonía como concierto o cantata, brilló la arrolladora personalidad del pianista Dmitri Bashkírov. Su fraseo, de puro vital, puede parecer a veces algo alocado, pero deja en el oyente una grata sensación de autenticidad. Bashkírov es un músico que sabe oír, que dialoga con la orquesta en lugar de sermonearla, y eso es muy de agradecer.

La primera parte estuvo dedicada enteramente a Manuel de Falla. Se oyó música de sus dos grandes ballets, «El amor brujo» y «El sombrero de tres picos», en versiones definitivas, para orquesta grande. En «El amor brujo» cantó con adecuado desgarro Mabel Perelstein, la «mezzo» argentina, que es tan española como el ruso Bashkírov, porque un músico español es aquel que vive y hace música en España.

Halffter dirigió un Falla de mucha altura y obtuvo de la Sinfónica de Sevilla un sonido muy hermoso. Sus espléndidos solistas, entre los que hay que destacar al oboe, al corno inglés y al magnífico primer violonchelo, supieron encontrar en sus solos al Falla más grande: giros de acento español, pero de significado universal.

Álvaro GUIBERT